

Se vende historia de la arquitectura

La casa que el venerado Sáenz de Oiza levantó cerca de Vitoria en 1960 sale a la venta. Un hito del Movimiento Moderno que no está protegido

GUILLERMO
ELEJABEITIA



DURANA. Uno de los arquitectos españoles más influyentes del siglo XX levantó en Durana, a las afueras de Vitoria, una de sus obras más singulares. Francisco Sáenz de Oiza, autor del santuario de Arantzazu o del edificio Torres Blancas en Madrid, apenas proyectó viviendas unifamiliares a lo largo de su dilatada carrera, pero exploró los límites de la modernidad en esta casita de veraneo cuya concepción linda con la poesía. Poco conocida incluso para sus vecinos, pero aclamada por arquitectos de reconocido prestigio, la vivienda sale a la venta por una cifra que ronda el millón de euros. Aunque es un hito del Movimiento Moderno en el que trabajó siendo todavía estudiante Rafael Moneo, no está protegida. Su supervivencia dependerá de la sensibilidad artística de su comprador.

El autor navarro daba clases en la Escuela de Arquitectura de Madrid cuando recibió la llamada del doctor Fernando Gómez. Quería una casa en la que reunir a sus hijos durante las vacaciones y consultó a su amigo el arquitecto vitoriano José Erbina. «Tengo un profesor que me encanta», fue su respuesta. No era el único. Oiza, que dedicó gran parte de su vida a la docencia, dejó una profunda huella en varias generaciones de arquitectos españoles. El maestro, que entonces se hallaba inmerso en la construcción de viviendas sociales en Madrid y acariciaba la que sería su obra cumbre –Torres Blancas– aceptó el encargo, quizá en busca de un proyecto en el que volcar sus nuevas inquietudes. Carmen, la segunda hija del doctor Gómez, tenía entonces 10 años.

«Oiza vino algunos fines de semana a Vitoria para conocer a la familia, comía con nosotros y se interesaba por nuestro estilo de vida», recuerda Carmen. De aquellas reuniones surgieron algunas ideas para la casa. «A mi madre le encantaba guisar y él situó la cocina en el centro para que no se sintiera aislada; como en principio iba a ser solo para el veraneo, dio menos tamaño a las habitaciones en favor de la sala de estar». Un primer proyecto, hoy perdido, tenía unas cubiertas planas, a la americana, «pero a mi padre no le gustó, quería algo más tradicional».

El resultado final encaja a duras penas en el adjetivo tradicional. Más bien representa «una valiosa y temprana apuesta de Sáenz de Oiza por una modernidad muy evidente y más orgánica», describe Celestino García Braña, presidente de la Fundación Docomomo Ibérica, dedicada al es-



1



2

1. El interior gira en torno a la chimenea que diseñó su alumno aventajado, Rafael Moneo.

2. La casa, restaurada completamente en 2003, está elaborada en plaqueta de Tudela y pino finlandés.

3. Los muros cortavientos mitigan el frío alavés y sectorizan los espacios.

4. Carmen Gómez tenía 10 años cuando ella y su familia estrenaron la vivienda.

:: BLANCA CASTILLO

4



3



tudio y valoración de la arquitectura del siglo XX. Su seña más característica es precisamente un tejado a tres aguas que se despliega de forma irregular por la planta del edificio «como un paraguas». Sus aristas se prolongan hacia el jardín a través de largos muros que compartimentan los espacios según su uso y contribuyen a potenciar la fluidez entre el interior y el exterior. «Una solución vanguardista que remite a la obra de Mies van der Rohe». El centro de la casa es una chimenea de ladrillo que dibujó Rafael Moneo. El primer Pritzker español se curtió como arquitecto en el estudio de Oiza, que entre otras cosas le encargó diseñar la casita del guarda que recibe al visitante, al fondo del pequeño bosque que protege la vivienda de las miradas de los curiosos.

Materiales austeros

No es una casa ostentosa. La elección de materiales muy austeros –tejas viejas reutilizadas de una antigua fábrica, ladrillo de Tudela y madera de pino finlandés– es otro de los rasgos que dan personalidad a un lugar en el que el lujo está en los espacios que proporciona para vivir. «En pocos metros consigue una gran riqueza de ambientes y una relación muy interesante con el paisaje», explica Braña.

«Es una casa muy cómoda, no muy grande, pero donde todos encuentran intimidad», corrobora Carmen. Como en esa caprichosa habitación colgante que usaban como cuarto de juegos. Cuando la estrenó, siendo todavía una niña, «no era muy consciente de que era tan singular, aunque es cierto que la gente que pasaba por la carretera nos tomaba por locos», bromea. Pronto empezaron a llegar arquitectos interesados en una obra que Oiza valoraba tanto como para hacer de ella su proyecto de doctorado. En estos cincuen-

LAS FRASES

Carmen Gómez
Propietaria

«Oiza venía a pasar fines de semana con nosotros para conocernos antes de dar forma al proyecto»

Celestino García Braña
Fundación Docomomo Ibérica

«Es una temprana apuesta del arquitecto por una modernidad muy evidente y más orgánica»

Alberto Esparza
Colegio de Arquitectos

«En su sede del Banco de Bilbao está protegido hasta el falso techo, aquí debería ser igual»

«Una obra excepcional que merece protección»

Rafael Moneo, que participó en el proyecto, recuerda que las viviendas unifamiliares de Oiza «pueden contarse con los dedos de una mano»

■ G. ELEJABEITIA

La casa de Fernando Gómez en Durana no sólo lleva la firma del padre profesional de una generación de arquitectos españoles. En su proyecto también dejó su impronta el primer español ganador del premio Pritzker. Siendo todavía alumno de la Escuela de Arquitectura de Madrid, Rafael Moneo trabajaba en el estudio de Sáenz de Oiza cuando éste daba forma a esta vivienda unifamiliar en Durana. «La conozco bien», reconoce en conversación con este periódico el arquitecto, cuya obra está siendo objeto de una retrospectiva en el museo Thyssen.



Rafael Moneo. ■ CHEMA MOYA

ta años, el goteo de estudiosos ha sido constante, «y me ha hecho ser consciente de que vivo en una joya».

En 2003, después de una completa restauración que muestra un respeto reverencial por la obra del navarro, decidió convertirla en su residencia habitual. Pero con sus hijos viviendo lejos de Vitoria, Carmen y su marido se plantean ahora desprenderse de ella para estar más cerca de los suyos. El arraigo sentimental es inevitable, «pero tenemos que ser prácticos». Se resiste a dar un precio, pero expertos del sector inmobiliario valoran la vivienda en torno a un millón de euros, aunque el mercado tiende a maltratar este tipo de arquitecturas.

«Lo ideal sería que la comprara alguien a quien le interese el arte para que la mantuviera tal y como está», desliza Carmen. Pero puede no ser así. La casa carece de cualquier tipo de protección urbanística, por lo que un nuevo dueño estaría en su derecho de alterarla a su gusto o incluso de derribarla. El ejemplo de la Casa Guzmán en Madrid, obra de Alejandro de la Sota, está muy reciente. Su propietario la echó abajo para construirse un chalé porque le parecía «triste y fría».

«Sáenz de Oiza es un referente y esta es una de sus obras clave; en la sede del Banco de Bilbao que levantó en Madrid está protegido hasta el falso techo, aquí debería ser igual», defiende Alberto Esparza, vocal del Colegio de Arquitectos Vasco Navarro. Pone como ejemplo las casitas de Alvaar Alto en Finlandia, «visita obligada para miles de turistas y aficionados a la arquitectura». Cabe la posibilidad de que una institución adquiriera la vivienda para dedicarla a celebrar la obra de Oiza. Pero Durana es una plaza complicada para un museo y aunque «se aseguraría su conservación —dice su dueña— la casa dejaría de ser vivida».

Suyo es el proyecto para la casita del guarda del complejo y suyos son los trazos que dieron forma a la chimenea de ladrillo, en torno a la cual gira el resto de la planta. «Pero los dibujé como un mandado de Oiza, no puede considerarse una obra mía», aclara con modestia.

«Era un momento en el que Oiza se sentía atraído por una arquitectura más orgánica y más libre que la que venía haciendo hasta entonces», valora quien fuera su alumno aventajado. A su juicio, se trata de una obra «excepcional» en el corpus del maestro navarro. «En Durana trabaja con libertad y al mismo tiempo logra un rigor geométrico extraordinario». Recuerda que «las casas unifamiliares que hizo Oiza se pueden contar con los dedos de una mano», para defender que se le otorgue algún grado de protección. «Si alguien piensa que mi opinión merece ser tenida en cuenta, solo puedo decir que merece ser conservada».

Qué duda cabe de que la suya es una voz autorizada. Sin la influencia de Oiza no se entendería la obra del arquitecto español más laureado. Respecto a su época de estudiante, Moneo ha explicado en diversas ocasiones que «era en aquellos años el profesor de mayor interés en la escuela, no era ni tan siquiera catedrático, pero ejercía su autoridad». Sin embargo, el navarro murió pensando que había «fracasado» como profesional: «La arquitectura tiene que ver más con el arte y la poesía que con la técnica y, desde luego, a mí no se me puede considerar un artista». Quizá en esta coqueta casa a las afueras de Vitoria esté su más clara incursión en el lenguaje de la poesía.

MALTRATADAS POR EL MERCADO INMOBILIARIO



La vivienda era una rareza en la obra de Alejandro de la Sota.

Casa Guzmán Algete

Su dueño la derribó para hacerse un chalé

Un grupo de estudiantes de arquitectura se quedaron de piedra hace unos meses al ver que una de las obras más significativas de Alejandro de la Sota que acudían a visitar había sido sustituida por un caserón de escaso valor

artístico. Su dueño, el hijo de Enrique Guzmán, la derribó después de tenerla dos años a la venta sin encontrar comprador. «Era fría, triste y me costaba una fortuna mantenerla», alegó. Levantada en 1972 en un solar con vistas al valle del Jarama, la vivienda era un hito del Movimiento Moderno en España y una obra maestra tardía de uno de sus más destacados exponentes.



El arquitecto dejó intactos la mayoría de árboles que la rodean.

Casa Levene El Escorial

Pasó por el MoMA y se vende a precio de coste

Construida por el estudio de Eduardo Arroyo entre 2005 y 2007, la casa toma el nombre de su primer propietario, Richard Levene. Se asienta sobre una ladera boscosa del Monte Abantos, en El Escorial, con la premisa de de-

jar intactos la mayor parte de los árboles ya existentes. A partir de un estrecho núcleo central surgen tres brazos irregulares recubiertos de basalto negro en los que fachadas y cubiertas se confunden. Aclamada por la crítica internacional, participó en una exposición del MoMA sobre nueva arquitectura española en 2006. Se vende por 1,5 millones, menos de lo que costó construirla.

ENRIQUE PORTOCARRERO

UNA NECESARIA REFLEXIÓN



La destrucción progresiva de muchas joyas de la arquitectura contemporánea española obliga a una seria y profunda reflexión. Una reflexión urgente que debe abarcar en nuestro país el entendimiento y la aceptación de su valor patrimonial, los aspectos legales tendentes a su protección y hasta la sensibilidad social sobre la función cultural de esas construcciones. El hecho de que en los últimos años hayan desaparecido bajo la piqueta obras de reconocidos autores que testimonian los mejo-

res momentos del movimiento moderno o internacional y del estilo posmoderno testimonia, sin duda, el vacío legal absoluto que sufre en materia de protección la arquitectura posterior a 1900. Naturalmente, el primer paso debería consistir en el establecimiento de criterios técnicos que establezcan el valor fundamental de los edificios. En buena lógica, ello debe acompañarse con un reforzamiento en la encomiable labor de catalogación que realizan por toda España los diferentes colegios de arquitectos. A partir de ahí son las

comunidades autónomas y los ayuntamientos quienes tendrían que establecer las disposiciones legales no solo para dispensar una protección efectiva a la arquitectura contemporánea, sino también para hacerla compatible con los planes de desarrollo urbanístico. Al margen de ello o en paralelo también resulta fundamental una sensibilización social sobre el valor cultural de una arquitectura que no necesariamente es incompatible ni con los derechos de la propiedad privada, ni tampoco con su valor en el mercado inmobiliario. Esto último tiene numerosos ejemplos por todo el mundo, como es el caso del conjunto de viviendas privadas realizado a mediados de los 60 en Cap Martinet (Ibiza) por Josep Lluís Sert —el gran discípulo español de Le Corbusier— donde la protección, la preservación y la conservación han aumentado su valor económico y arquitectónico.



La dueña quería patios andaluces y los tuvo, pero modernos.

Casa Huarte Madrid

Una vivienda de lujo sin grandes lujos

En 1966 el constructor y mecenas Jesús Huarte encargó al estudio Corrales y Molecín su vivienda familiar en Puerta de Hierro. Su esposa, andaluza, puso una condición, que tuviese patio. Sin embargo, el resultado tiene poco

que ver con la arquitectura tradicional del Sur. Los arquitectos enterraron levemente la construcción rodeándola de un jardín escalonado para dar forma a una vivienda «introvertida, discreta y fácil de vivir». Mil metros cuadrados de lujo sin grandes lujos, que buscan comprador desde 2010. Su precio ha ido cayendo año tras año hasta los 4,5 millones de euros.